

# LA ESTRELLA BALEAR.

*Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.*

*Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripción 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan Hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.*

## LA DESDICHADA

### EN EL FAVOR.

#### III.

#### EL PALACIO DEL BUEN RETIRO.

Un año despues de los sucesos de que hemos hecho mérito en el capitulo precedente, habia gran fiesta en el palacio del Buen Retiro, residencia entonces de los monarcas de España. Sabido es que el reinado de Felipe IV, tan fatal para España bajo el punto de vista político, fué de los mas florecientes para las bellas letras. El rey tenia decidida afición á la poesia y dispensaba su protección á los eminentes varones que son hoy aun mas que entonces la gloria de nuestra literatura; el teatro sobre todo merecia la particular predilección del monarca, que bajo nombre fingido componia tambien algunas piezas de no escaso mérito. Por lo mismo que la decadencia de la monarquía se hacia mas que nunca sensible, el fausto de la corte era mayor. Jamás se ha visto tan excesivo lujo en el régio alcazar, jamás una etiqueta mas ceremoniosa; nunca quizas mayor depravacion de costumbres, menos buena fé, mayor suma de intrigas. Ocupado el monarca en amorosos devaneos, habia dejado el cuidado de los negocios al conde-duque de Olivares, hombre de escaso mérito y limitado talento, bajo cuya desastrosa administracion acabó de desmenbrarse y perder su influencia la opulenta monarquía de Felipe II. Las fiestas y los saraoes dispuestas mañosamente por el favorito para adormecer la poca energia del rey, se sucedian sin cesar; bailes, partidas de caza, comedias, certámenes literarios, citas amorosas, he aquí la série no interrumpida de ocupaciones del monarca y á la que se entregaba con todo el abandono de la inespriencia y de la juventud.

Una de estas fiestas, acaso la mas concurrida y brillante que se habia visto hasta entonces, se dispuso con el aparente objeto de celebrar el cumpleaños del rey, pero en realidad con el fin de presentar á María en la corte, porque María segun habia pronosticado su protector el marqués de Ayamonte, á quien hasta ahora hemos conocido con el nombre de don Nuño, y segun habra quizas adivinado tambien el lector, era la querida del rey. Preciso es confesar á fuer de historiadores veraces que lo era contra su voluntad; pero hostigada por el monarca, engañada en sus ilusiones respecto al marqués á quien todavia amaba, no obstante que habia tenido la imprudencia de dejarla entrever sus proyectos de ambicion de que meditaba hacerla instrumento, y guiada acaso tambien por un sentimiento de vanidad, comun á todas las mugeres y mas que otra disculpable en ella, cuyo origen sabemos, se habia dejado llevar maquinalmente arrastrada por una fuerza superior á la resistencia que ella hubiera podido oponer. Al principio las visitas del rey eran misteriosas y reservadas; pero bien pronto el monarca que la amaba con pasion hizo público el galanteo, colmando á

María de títulos y honores y nombrándola camarera mayor de palacio; á lo cual contribuyó tambien la circunstancia de haber dado á luz María un niño, fruto de estos amores. Debia tomar posesion de su nuevo destino el mismo dia de la fiesta á que hemos hecho referencia y como todos estos detalles eran públicos en la corte, por eso fué mayor que nunca la afluencia de cortesanos y curiosos que se agrupaban en los salones, escaleras y avenidas del palacio para ver y contemplar á la misma en que algunos meses antes no reparaban cuando cantaba en los portales de la Plaza. Una mirada benévola, una sonrisa de María, era hoy el colmo de la dicha para los mismos que le habian negado dos cuartos de limosna. Tristes flaquezas de la vida humana!

Hacemos gracia al lector de los detalles de una fiesta de que fué María la verdadera reina; jamás muger alguna se ha visto mas obsequiada; desde su entrada en los salones hasta que se retiró fué una ovacion continua. Al comenzar el baile, el conde-duque pidió á María le sirviese de pareja en un minué, á lo cual ella accedió sin repugnancia.

—Tengo que hablaros, le dijo el favorito á media voz.  
—Cuando gustéis, replicó María.  
—Esta misma noche, despues de la fiesta.  
—La hora no me parece á propósito. ¿No sería mejor mañana?  
—Imposible, nuestra entrevista no debe ser conocida de nadie.

—Os recibiré.  
Terminada la fiesta despues de media noche, el marqués de Ayamonte que desde la elevacion de María se habia mostrado indiferente y hasta desdeñoso con ella, la ofreció el brazo al tiempo de retirarse, María aceptó sin dificultad; pero al ir á tomar el coche, viendo que el marqués se disponia á subir con ella

—¿Qué haceis, marqués? preguntó con estrañeza.  
—Acompañaros á vuestra casa.  
—Eso es una imprudencia...  
El marqués se habia ya colocado á su lado y el coche rodaba velozmente. Despues de un momento de silencio:

—Vuestra conducta es incomprensible, marqués, dijo María, y á los dos podria traernos graves consecuencias.  
—Nada temais; el tumulto y la oscuridad de la noche nos favorece; estoy seguro de que nadie me ha visto y además ¿que tiene de estraño que un caballero, acompañe á una señora que se retira sola á su casa?

—Nada tendria en efecto si no mediasen circunstancias...  
—Que no son de nadie conocidas; bien lo sabeis. Sobre todo es preciso; mañana parto para Andalucía y necesito saber si todavia me amais.

—Marqués!  
El coche habia parado en el portal de la casa de María.

—Idos por Dios, exclamó esta, vais á perderme y á perderos.  
—No me iré sin que me concedais un cuarto de hora que necesito para instruiros...

El lacayo habia abierto la portezuela y ambos descendieron; entablar una disputa delante de los criados era im-

## LOS DOS FAVORITOS.

prudente. María temblando, azoñada y fuera de sí, se dejó inducir por el audaz marqués hasta su mismo aposento. En cuanto quedaron solos cayó medio muerta sobre un sofá y con voz casi ininteligible:

—¿Que quereis de mí, exclamó?

—Ya lo he dicho, contestó el marqués con firmeza, saber si me amas aun; que me digas si todavía conservas algun recuerdo para el que fué un día tu ídolo, para...

—No prosigais que me haceis temblar; podrian oirnos...

—Una palabra, María, una sola palabra que me pruebe que aun vivo en tu corazón. Si supieras cuanto he padecido!

—Y bien, suponiendo que yo os amase aun, dijo María sollozando, suponiendo que hubiese olvidado pasados agravios. ¿De que os serviría? ¿No sabeis cual es mi posición?

—Porque la sé quiero remediarla; quiero libraros de las cadenas que te oprimen, quiero que me sigas...

—Callad, callad por Dios, marqués...

Un lacayo entró á anunciar en el mismo momento al conde-duque de Olivares.

—Olivares á estas horas! dijo el marqués.

—Que éntre, contestó María al lacayo...

El marqués repentinamente coge el sombrero,

—Que no sepa que estoy aquí, dijo á María, ó somos perdidos, y se ocultó en la alcoba.

Olivares entró cuando todavía no había podido María reponerse de su emocion, producida por la escena que acabamos de referir.

—Supongo, le dijo el conde-duque despues de saludarla y de tomar asiento á su lado en el sofá, que me perdonareis el atrevimiento de haberos pedido una cita á estas horas.

—Fuerza es confesar, señor conde, replicó María, que me habeis sorprendido con una demanda tan nueva como inesperada.

—Voy á esplicaros el motivo y cesará vuestra sorpresa. Mañana parte para Andalucía el marqués de Ayamonte.

—Lo sé.

—Lo sabeis! exclamó Olivares con sorpresa.

—Sí... lo he oido decir en el palacio esta noche, contestó María para disimular su imprudencia.

—Pues bien es preciso que el marqués no parta, y lo que yo exijo de vos, es que interpongais vuestro influjo con él, para que dilate el viage algunos días, sin que sospeche el motivo; en ello hareis un verdadero servicio á S. M.

—¿Y quién os ha dicho que yo tengo influjo con Ayamonte?

—No os hagais la indiferente pues lo sé todo.

—No podeis saber mas sino que...

—Que ha sido vuestro protector; no es verdad? Pero esto no hace al caso; lo que importa es que os presteis á mis designios.

—Permitid que me niegue á dar un paso que podria comprometerme. Además, ¿que causa puede obligaros á desear que el marqués permanezca en la corte?

—Os la diré; el marqués es un ambicioso, un intrigante que despues de haber ensayado los medios de derribarme inútilmente, se ha unido con mi pariente el de Medina-Sidonia que manda en Andalucía, y temo de esta union fatales consecuencias. El rey le ha concedido licencia para marchar á pesar de mi oposicion y solo trato dilatando el viage, de ganar tiempo para inclinar el ánimo de S. M. á que adopte una resolucion mas favorable á mis designios.

—Repito que no puedo asociarme á un plan que podria ser funesto al marqués á quien....

—A quien amais...

—A quien debo gratitud.

—Sin duda olvidais, señora, que tengo en mi mano los medios de perderlo. Considerad que puedo con una palabra no solo impedir este viage, sino hacer que le encierren en una torre: si el rey supiese que el marqués es vuestro amante.

—Señor conde!...

—Que lo ha sido; lo mismo tiene: si yo le instruyo....

—El rey, dijo un lacayo asomándose á la puerta.

—Somos perdidos, exclamó Olivares y con la mayor precipitacion se dirigió á ocultarse en la alcoba,

—En el gabinete, gritó María.

El conde-duque, que al llegar á la puerta de la alcoba había hecho un movimiento de sorpresa, se dirigió al gabinete y apenas había entrado en él cuando el rey abría la mampara de la sala.

«Los acontecimientos de anoche son de una naturaleza que á todos nos importa sepultar en el mas profundo silencio. Gracias á vuestra sagacidad, á vuestro esquisito talento, el rey no se enteró de nada y no ha sido poca dicha. No creais que trato de reconveniros por la visita del marqués, ni tampoco imagineis que pienso abusar de las ventajas de mi posición para causaros el menor perjuicio. Sé muy bien que sois inocente y digna del cariño que os profesa el monarca. El marqués me ha explicado todo en un momento solemne, y yo doy demasiado crédito á las palabras de un moribundo para no estar seguro de que vuestra conducta es irreprochable...!»

Dios mio! exclamó María, interrumpiendo la lectura, se han desafiado y por lo visto el marqués ha sido víctima en este duelo fatal!... Osorio!... Osorio!... gritó desde la puerta, al momento á casa del marqués de Ayamonte á informarle de como está de salud.. no digas que vas de mi parte... habla con los criados, pregunta, averigüalo todo, pero sin que sospechen que yo te envío... ¿entiendes?

—Descuidad, señora, que todo lo haré como deseais.

—Habla si puedes con Inés, que es de toda confianza, dila que venga esta tarde á traerme noticias... que lo cuiden mucho...

El criado salió precipitadamente.

Despues de un rato que permaneció María inmóvil en su sillón, continuó la lectura de la carta en estos términos:

«Es necesario sin embargo, que os asociéis á mis planes; los dos gozamos igual favor del rey, los dos debemos entendernos, y entonces su voluntad será la nuestra. Si anoche no nos hubieran interrumpido tan inoportunamente, quizas yo hubiese logrado persuadiros de que en mi teneis un amigo sincero que sabe apreciar vuestros talentos... un adorador que estima en lo que valen vuestras gracias. Bien veo que este lenguaje os sorprende; pero si reflexionais que sois hermosa y buena, no estrañareis el ascendiente que ejercéis sobre los que tienen la desgracia ó la fortuna de gemir bajo el yugo de vuestras miradas. Nada exijo de vos sino que perdoneis el atrevimiento á vuestro mas sincero amigo,

EL CONDE-DUQUE.

—¿Estoy soñando, ó despierta? dijo María; esto es una declaracion de amor. Olivares enamorado de mí... no puedo creerlo; aquí hay un misterio, un lazo, tal vez... Y sin reflexionar mas escribió lo que sigue:

«Señor conde: siempre os he creído hombre de buen humor; pero no imaginé nunca que llevaseis las chanzas á tal extremo. Nada sé, nada comprendo de cuanto me decís en vuestra carta de lo ocurrido anoche, de las palabras de un moribundo, y de otras cosas por el estilo. Estoy segura de vuestro aprecio y amistad; pero os ruego que ni en broma volvais á usar de las palabras que os permitis al final del escrito á que me refiero, porque tendria que contestaros de otra manera menos agradable, vuestra amiga y servidora.»

MARIA.

Despues de enviar el billete á su destino, María dió orden á los criados para que dijese que no recibia á nadie y volvió á entregarse á las reflexiones á que daban lugar los sucesos acaecidos en las últimas 24 horas. «No hay duda, decia entré sí: el conde ha querido tenderme un lazo; esta carta no puede tener otro objeto, que el de arrancarme una contestacion para tener un documento que presentar al rey y hacerle creer lo que convenga á sus designios.» Ah! estoy perdida en este mar proceloso de intrigas... entre esta turba de cortesanos, contra quienes nada puede mi inesperienza. Si al menos tuviese un amigo... Si el marqués... Pero será verdad lo del desafío?... Osorio entró al mismo tiempo.

—¿Que hay, Osorio?

—Nada, señora, el marqués ha marchado esta madrugada, y no tenia la menor novedad en su salud.

—Está bien, vete.—Que mas prueba de la perfidia del conde? Han querido sorprenderme! Pero ¿con qué objeto?

¿Qué daño les he hecho yo que en nada me mezelo, que á ninguno quiero mal? Son celos, no hay duda, del cariño del rey... celos de un amor que me hace infeliz!... La hora se acerca de ir á palacio; veremos si allí puedo penetrar algo de este funesto arcáno... Osorio! que pongan el coche.

Diez minutos despues, María subia la escalera de palacio en la que encontró al conde-duque que bajaba.

—Permitid, señora, dijo este, que os acompañe hasta la antecámara.

—Como gustéis, contestó María.

—¿Sabeis continuó Olivares dándola la mano, que para el poco tiempo que llevais, háceis una cortesana completa?

—Es que aprovecho vuestras lecciones.

—Mas fruto sacariais de ellas, si fueseis dócil á los consejos de quien os quiere bien.

—¿Y quien os ha dicho que yo los desprecio?

—Vos misma que habeis tomado á broma mi carta de hoy

—Bien conoceis, señor conde, que no debia tomarla de otro modo.

—Y sin embargo, la cosa es demasiado seria,

—Tan seria como la herida del marqués, ¿no es verdad? dijo irónicamente María.

—Y que, ¿no está el marqués herido peligrosamente?

—Tanto, que ha partido esta mañana para Andalucía.

—No puede ser; yo le he visto á mis pies bañado en sangre, próximo á exalar el último suspiro.

—Tengo motivos para creer que os engañais... ó que os engañaron.

En esto llegaron á la antecámara donde habia varios cortesanos ocupados en referir un suceso ocurrido en la noche anterior. La ronda habia encontrado á un escudero del marqués de Ayamonte gravemente herido, en una de las calles inmediatas á donde vivia Maria, sin que se supiese ni quien era el agresor, ni la causa de la herida, porque el paciente no habia consentido declarar nada. María miró al conde, y este se mordió los labios conociendo su horror; habia sido víctima de una supercheria del marqués.

El dia pasó sin incidente que merezca referirse; el rey estuvo mas jovial, mas complaciente, mas obsequioso que nunca con María, y esta se retiró á la noche á su casa á la hora de costumbre.

Ya iba á meterse en la cama, cuando le pareció sentir ruido en el balcon de la alcoba que daba á una calle escusada. Aplicó el oido, y conoció distintamente la voz del marqués. «Abrid, María, dijo llamando en los cristales; abrid que me siguen.

María abrió y entró el marqués todo azorado; cuando se hubo repuesto un poco, refirió á María como despues de lo acaecido la noche anterior, habia fingido emprender su marcha, permaneciendo oculto todo el dia, con el fin de verla y reiterarle las instancias para que le siguiera; que habiéndose disfrazado, espío el momento de su entrada en la casa para trepar por el balcon, á fin de que no lo sintiesen los criados, y que cuando ya estaba arriba la habia parecido distinguir dos bultos que lo observaban en la esquina de la calle.

María trémula, muerta de miedo, se arrojó á los pies del marqués para suplicarle que se fuera y la dejase. En esta actitud la sorprendió el conde-duque que de repente se presentó en la sala, seguido de un alcalde de casa y corte y otros ministros de justicia. «Señor marqués, dijo con tono severo; en nombre del rey daos á prision.»

—¿Con que motivo se me quiere arrestar? preguntó el marqués.

—El motivo lo sabreis despues. Ahora solo os toca obedecer y seguirnos.

El marqués sin replicar marchó con los ministros de justicia.

—Habeis querido la guerra, dijo en voz baja el conde á María; no teneis porque quejaros.

María pasó la noche entregada á la mas angustiosa congoja. Apenas habia empezado á amanecer cuando sintió que paraba un coche á la puerta: un criado entró á decirle que la buscaba un caballero de parte del rey.

María le salió al encuentro y se halló con el duque de Medina de las Torres, quien le entregó una orden de Felipe, en la que le prevenia que partiese inmediatamente en aquel coche á encerrarse en el convento de las Huelgas de Burgos,

María sin pronunciar una sola palabra se dispuso á obedecer. «Supongo, dijo al duque, que me dejarán llevar á mi hijo en mi compañía.»

—Mucho siento, señora, contestó aquel, teneros que decir que he recibido órdenes contrarias á vuestro deseo.

María no pudo resistir mas y cayó desmayada. Vuelta en sí la condujeron al coche, donde subió con ella el duque, una dueña y un criado que debian acompañarla hasta Burgos. En el capítulo primero hemos dado ya cuenta al lector de la manera como fué recibida por la abadesa del convento de las Huelgas.

V.

ACLARACIONES.

Cinco años permaneció María en el convento entregada á la mas profunda melancolía y sostenida sola por la esperanza de que el rey hiciese alguna vez justicia á su inocencia. Sin embargo, en todo este tiempo las gestiones de sus amigos cerca del monarca habian sido de todo punto inútiles, porque las contrarrestaba el conde-duque ausiliado de la reina, que como es de suponer odiaba á María; lo que causaba á esta muger pena era no saber de su hijo, que poco despues de salir ella de Madrid le habian sacado de la casa sin que nadie supiese el paradero. María le juzgaba á veces muerto, y esta idea la producía tan agudo dolor que la hacia caer en un especie de delirio ó enagenacion mental que daba gran cuidado á la abadesa, siempre afectuosa siempre solícita con ella.

Un suceso inesperado puso colmo á su afliccion con notable peligro de su vida; un dia que se hallaba en el locutorio con otras religiosas, fué á ver á una educanda de noble familia un hermano suyo que se hallaba en Burgos de paso para las guerras de Flandes. Rodó la conversacion sobre los sucesos de la corte, y el jóven caballero, sin imaginar el daño que causaba, refirió como el marqués de Ayamonte habia sido decapitado, por suponérsele cómplice en una conspiracion que tenia por objeto, de acuerdo con el de Medina-Sidonia, declarar independiente las Andalucías como se habia declarado Portugal. No pudo María acabar de oír esta relacion; un agudo grito que lanzó hizo que todos fijasen la vista en ella cuando ya habia caído al suelo sin conocimiento. La llevaron á su cuarto, la prodigaron cuantos auxilios reclamaba su estado, pero inutilmente. Volvió del desmayo acometida de una fiebre nerviosa que ninguna esperanza dejaba de salvarla. La abadesa pasaba los dias y las noches al lado de su cama procurando con palabras de consuelo despertar su esperanza y consolarla de tan crudo golpe.

—No os canseis, amiga mia, le decia María tristemente. Lo mismo que al marqués habrán sacrificado á mi hijo y yo no debo vivir. ¿De que me servirá la vida si jamas he de ver al hijo de mis entrañas? Ah! vos no sabeis lo que es un hijo...

Y los sollozos ahogaban su voz.

—¿Por qué buskais, le decia la abadesa, en vuestra imaginacion el medio de atormentaros? ¿Por qué no habeis de suponer que el rey habrá cuidado de vuestro hijo, que es el suyo?...

—El rey sí, interrumpió María, pero el conde-duque no. Si yo hubiese accedido á sus deseos, si yo hubiera consentido en ser una infame asociándome á sus planes para engañar al monarca... Ah! que idea, exclamó de repente María, quiero vengarme..., si, quiero y puedo vengarme de él. ¿Sabeis Leonor (así se llamaba la abadesa) que tengo una carta del conde que puede perderlo?

—Una carta!

—Si, una carta que me escribió y de que nunca os he hablado; una carta de que no he querido hacer uso por miedo de perjudicar al marqués; pero ahora que este no existe ninguna consideracion puede detenerme. Mi muerte es ya inevitable; pero antes de bajar al sepulcro quiero quedar justificada. Tomad; en el último cajon de esa papelera veréis una bolsa verde, y dentro de ella varios papeles; sacadlos y hallareis la carta de que os hablaba.

La abadesa obedeció, y en efecto en la cartera estaba la carta del conde-duque que el lector ya conoce. Examinada por la abadesa, convinieron ambas en que se enviaria al tío

de esta para que la hiciese llegar á manos del rey. María la acompañó de otra en donde, sin quejarse de los malos tratamientos del monarca, le declaraba que era inocente y le recomendaba á su hijo. Un mensajero se despachó al punto, y al parecer un rayo de esperanza brilló en los ojos de María. Pero ya era tarde; agoviada por el peso del mal y agotadas sus fuerzas con el esfuerzo que acababa de hacer, la fiebre se aumentó y sucumbió á los cinco dias en brazos de la abadesa, despues de una prolongada agonía. Aun estaba caliente el cadáver de la infeliz, cuando llegó un correo á Burgos ganando horas para la superiora de las Huelgas. Era la orden del monarca para que se trasladase María á la corte inmediatamente, cuya orden iba acompañada de una carta autógrafa para esta en que Felipe le pedia perdón por su ligereza y le hacía mil protestas de amor. En la comunicacion de la abadesa se la prevenia que abriese el pliego que le fué entregado cuando María entró en el convento, y que pasase á sus manos el documento que contenia, que no era otra cosa que una declaracion de Felipe IV reconociendo como hijo bastardo al hijo de María, bajo el nombre de don Juan de Austria, en memoria del célebre hermano de Felipe II. Con este nombre se le conoce en la historia, ya combatiendo los rebeldes de Portugal en el reinado de su padre, ó ya dirigiendo los negocios públicos como primer ministro de su sobrino Carlos II.

La abadesa despachó al correo noticiando al rey la muerte de la desdichada María, á quien se hicieron unos funerales propiamente régios, y poco tiempo despues se supo con estraña admiracion y gozo la caída del ministro y favorito Olivares tan deseada de todos.

FIN DE LA NOVELA.

(La Cronica.)

## DE LA MEDICINA Y DE LOS MÉDICOS.

«La mayor parte de los hombres que no han estudiado, y una no muy pequeña de médicos, dice Zimmermann, creen que la medicina practica no es mas que la ventura de poseer una receta para cada una de las dolencias que nos afligen. Por esto, mas bien procuran ostentar un gran número de ellas que discernir el verdadero carácter de cada enfermedad.» No son seguramente los remedios los que faltan en la medicina. Farmacopeas hay que contienen mas de veinte mil recetas, y es demasiado comun que las que los médicos inventan, manifiestan un lujo inútil de sustancias heterogeneas, que en su accion respectiva destruyen reciprocamente sus virtudes, y dan nacimiento á nuevos compuestos cuyo efecto necesariamente debe diferir del que se esperaba. Los enfermos contribuyen tambien al buen éxito de esta Polifarmacia. Casi todos ellos gustan de remedios complicados, y suele ser mayor la confianza cuando son mas estravagantes los ingredientes, porque la debilidad que la dolencia produce, aumenta la inclinacion natural en el hombre á buscar y á admirar lo que no comprendé. He conocido á un sabio, estenuado por el esceso del trabajo mental, el cual tragaba todas las mañanas algunas gotas de sangre, sacadas con la punta de un alfiler de la cresta de un gallo, despues de haberlo hecho correr por fuerza, pareciéndole imposible que no encerrase aquel licor alguna virtud sobrenatural que restableciese sus fuerzas. Por esta razón se dan á ciertas preparaciones nombres tan retumbantes como catolicon doble; catolicon simple; vino tebaico; polvos de los tres diablos; elixir de larga vida; granos de vida; granos de salud, &c., como si la vida y la salud fueran sustancias materiales capaces de ser divididas en partes pequeñas. Es constante que los inventores de estas recetas las han sacado de los libros del arte, y las presentan sin emplear la facil precaucion de disfrazar su mezcla. Uno toma sales purgantes muy conocidas, y de su reunion forma otra sal, á la cual da su nombre, y que conserva, como es natural, la misma virtud. Otro reúne ciertas plantas cuyas cualidades se habian observado por los médicos de todos los siglos: pero quiere hacer creer que estos simples no tienen virtud sino cogidos en cierto tiempo del año, y en esto consiste su precioso descubrimiento. Es difícil desarraigar del corazón del hombre ciertas inclinaciones hijas de la ignorancia, y la im-

potencia de la medicina, en ciertas enfermedades, debe mirarse como el mas sólido fundamento del charlatanismo. Los males incurables forman esencialmente su dominio; en estas dolencias, que por desgracia son demasiado frecuentes, las aereas promesas de los charlatanes, son como una moneda falsa, de que tiene necesidad el espíritu del enfermo. El hombre ménos instruido, sometido al tormento de un mal incurable, penetra en breve la opinion de su médico. Cansado de la ineficacia de los remedios, y de la duracion de la cura, poco satisfecho con las respuestas evasivas que se dan á sus preguntas, huye de los paliativos, y se abandona ciegamente al charlatan osado que le promete un seguro y total alivio. ¡Dichoso cuando los remedios que este le suministra, no encierran venenos peligrosos, en lugar de sustancias inertes!

Así pues la fama de un médico no se apoya tan solidamente en la que le adquieren los enfermos, como en la reputacion de que goza entre sus compañeros. Aunque algunas veces la envidia y la mala fe alteran este juicio, ordinariamente es hijo de la esperiencia y del saber. Los médicos son los que saben dar su verdadero precio á un mérito mas estimable aun que la doctrina mas profunda: hablo del tino, cualidad preciosa, concedida ó negada por la naturaleza: cualidad que es en la medicina lo que el gusto en la literatura. Depende de la sensibilidad, felizmente perfeccionada por la educacion. El médico que la posee, admira tanto por su penetracion fina y delicada, como por sus determinaciones acertadas y prontas. El es el que en el momento del peligro recibe aquellas inspiraciones felices, ó para servirme del dicho de Bossuet, aquellas iluminaciones repentinas, que le revelan lo que debe hacer, y le dan la seguridad necesaria para dar el golpe decisivo. En tanto que el médico que no es mas que erudito, eprimido bajo el peso de una ciencia superflua, vacila y titubea, incierto entre mil medios que se le presentan, el medico cuya principal cualidad es el tacto, descubre las circunstancias esenciales, y sin fijarse demasiado en los fenómenos accesorios, escollo ordinario de los eruditos, distingue el punto en que estriva la dificultad, y da en él. El erudito no mata al enfermo, como lo dicen en general hombres vulgares é injustos; pero lo deja morir en medio de sus eternas indecisiones. Siempre fluctuando en dudas, combate parcial y aisladamente los síntomas, y cuida solo de las ramas, en tanto que el tronco crece en medio de los peligros. Si el médico mas sabio no es siempre el mas feliz ¿que diremos del mas famoso? La celebridad de que goza un médico aumenta sus recursos, y se puede asegurar que entre dos médicos de igual mérito, el mas célebre es el más digno de confianza. Es facil demostrar esta proposicion, que á primera vista será calificada de paradoja. El medico que goza de todas las ventajas de la celebridad, aplica los socorros de su arte con una confianza igual á la que inspira. Ninguna consideracion tímida encadena sus resoluciones ni su mano. Espera en inalterable inaccion, en tanto que no existen indicaciones seguras, y como la mayor parte de las faltas que se cometen en las enfermedades provienen de cierta necesidad de hacer algo, que atormenta al medico oscuro, aquel que está ya seguro de su reputacion, y arrostra las sátiras ridiculas de los que lo rodean, obra cuando conviene, y no precipita el remedio cuando lo juzga prematuro. Conozco medicos juvenes é instruidos que se quejan de esta esclavitud á que los condena la falta de crédito: precisados á ceder al capricho del enfermo, su estudio se reduce á variar las recetas, con detrimento del verdadero metodo curativo: por que en la medicina, como en todas las cosas humanas, un sendero solo conduce á la verdad, y mil al error.

Londres—J. J. DE MORA.

## Bibliografía.

### CALENDARIO Y ALMANAQUE

filosófico, moral, popular, instructivo y religioso. Para toda España é islas adyacentes. Por don Miguel Dubá y Navas, para el año de

1845.

Vendese á 6 cuartos en la libreria de RULLAN hermanos plaza de Cort, y en la de UMBERT frente á la calle dels Fideus.

Imprenta de P. J. UMBERT.